

Fulgencio López

Bernardo Mexaga

Mario Benedetti

Alfredo Bryce Echenique

Carlos Casares

Agustín Cerezales

Miguel Delibes

Fernando Fernán-Gómez

Ángel Fernández-Santos

Roberto Fontanarrosa

Eduardo Galeano

Juan García Hortelano

Julio Llamazares

Javier Marías

Justo Navarro

Rosa Regàs

Julio Ramón Ribeyro

Manuel Rivas

Augusto Roa Bastos

José Luis Sampedro

Oswaldo Soriano

Jorge Valdano

Manuel Vicent

Juan Villoro



Cuentos de Fútbol

*Selección y prólogo de
Jorge Valdano*



Es una selección de 24 relatos de destacados escritores realizada por una de las máximas figuras del fútbol actual.

«Este libro es un encuentro para el músculo y el pensamiento con la intención de que se vayan perdiendo la desconfianza que se tienen. Un juego, el del fútbol, metido dentro de otro juego, el de la literatura», escribe Jorge Valdano en el prólogo.

Una obra amena y divertida, con la que el lector ganará en todos los terrenos de juego.

Índice de contenido

Cuentos de fútbol

Introducción

Prólogo (por Jorge Valdano)

Cuando los balones se volvieron invisibles (por Fulgencio Argüelles)

Sobre el tiempo (por Bernardo Atxaga)

El césped (por Mario Benedetti)

Pasalacqua y la libertad (por Alfredd Bryce Echenique)

Qué viejo estás y qué gordo (por Carlos Casares)

Fuera de juego (por Agustín Cerezales)

El campeonato (por Miguel Delibes)

El directivo (por Fernando Fernán-Gómez)

La poda del olivo (por Ángel Fernández-Satos)

19 de diciembre de 1971 (por Roberto Fotanarrosa)

El árbitro (por Eduardo Galeano)

¿Cuáles son los míos? (por Juan García Hortelano)

Tanta pasión para nada (por Julio Lamazares)

En el tiempo indeciso (por Javierer Marías)

El alma al diablo (por Justo Navarro)

Ganas de quejarse, la verdad (por Rosa Regàs)

Atiguibas (por Julio Ramón Ribeyro)

El míster & Iron Maiden (por Manuel Rias)

El crack (por Augusto Roa Bastos)

Aquel santo día en Madrid (por José Luis Sampedro)

El penal más largo del mundo (por Osvaldo Soriano)

Creo, vieja, que tu hijo la cagó (por Jorge Valdano)

Fondo Sur (por Manuel Vicent)

El extremo fantasma (por Juan Villoro)

Del infortunio a la gloria, del éxito al fracaso. Pocos acontecimientos en la vida consiguen, como el fútbol, recorrer de un extremo al otro y en poco menos de dos horas, los sentimientos de una muchedumbre dividida por dos querencias rivales en el terreno de juego. Pasión, odio, fidelidad, desencanto, son elementos viscerales de un deporte, un juego tan aplaudido por la masa como abucheado y despreciado, hasta hace pocos años, por los intelectuales. Cuentos de fútbol nace gracias a la iniciativa de Jorge Valdano, una de las personalidades que más han dignificado el lenguaje con el que se discute de fútbol en España, tanto en su etapa de jugador como de entrenador. Por eso, este libro ofrece al aficionado, al lector, la otra cara del fútbol —la literaria—, imposible de captar a través de un zoom fotográfico o una cámara de televisión.

Esta antología reúne veinticuatro relatos —trece inéditos y diez publicados— de prestigiosos escritores españoles y latinoamericanos, con selección y prólogo del propio Valdano. Agradecemos la coordinación del periodista Santiago Segurola y el apoyo inestimable del escritor Mario Benedetti, punto de referencia inexcusable cada vez que se habla de la pasión futbolística. El autor uruguayo confió en este proyecto desde El césped literario, nombre que da título al cuento que aporta a este volumen.

Aparcada la crónica periodística —siempre temporal y caduca—, Cuentos de fútbol presenta de forma sosegada y divertida la dialéctica poética y reflexiva de la literatura. To-

da la obra provoca un acercamiento al fútbol a través de la palabra, a la vez que un desplante a la eterna enemistad y desencuentro entre los intelectuales y el deporte rey. «Culturalmente despreciado, políticamente utilizado y sociológicamente reducido a una expresión popular de menor cuantía, el fútbol sigue atrapando la emoción dominguera de aficionados de todo el mundo, convertido en un cautivante fenómeno de movilización de masas que debería ser merecedor de una atención más respetuosa», señalaba hace unos años Jorge Valdano desde la Revista de Occidente.

Cuentos de fútbol es un homenaje al jugador manteado y humillado por fallar un penalty, al que vende su alma al diablo por golear la portería contraria, al árbitro que vistió de luto en señal de pésame por él mismo, y a los sentimientos de vida y muerte capaces de encender una pasión, o dos: la del fútbol y la literatura.

Dentro de la cancha hacer cuento, como hacer teatro, son malas artes; una prueba más, acaso casual, del poco aprecio que el fútbol siente por la inteligencia clásica. No descarto la venganza como móvil, al fin y al cabo pocas veces fueron amables las opiniones de los intelectuales con respecto al fútbol.

Este libro es un lugar de encuentro para el músculo y el pensamiento con la intención de que vayan perdiendo la desconfianza que se tienen. Un juego, el del fútbol, metido dentro de otro juego, el de la literatura. El hombre escapando de la realidad con el afán de buscar sus aspiraciones más auténticas.

Y es que resulta placentero un viaje de la inteligencia por los alrededores del fútbol; siempre que no intentemos comprenderlo todo como Alcides Antuña Cavallero, un serio intelectual de izquierdas que creía en el hombre nuevo y despreciaba el borreguismo de las masas. Indignado por lo que el fútbol provocaba en el mundo entero el pobre pretendió entenderlo.

Vio parecida pasión en los estadios de todos los continentes: «Es un fenómeno universal», se dijo.

En un parque de Camerún vio jugar a un padre con su hijo: «Produce un diálogo intergeneracional», se dijo.

Fue en Río de Janeiro donde vio a un negro salir de una favela y a un blanco de una mansión para jugar un mismo partido en la arena de Copacabana: «Es un rito de inversión social», se dijo. En Munich vio jugar con eficacia alemana y en Sevilla comprobó que también en la cancha el público quería jactarse de arte: «Es una expresión cultural como otra cualquiera», se dijo. Vio a dos aficionados discutir de

fútbol y luego a cuatro, y luego a diez en una esquina de Riyadh: «Es un vehículo de comunicación», se dijo.

Vio una piedra estallar contra la cabeza de un árbitro en Hong Kong: «Es una vía de escape», se dijo.

Vio obreros dejando energías detrás de un balón en un suburbio de Buenos Aires: «Es un arma de distracción», se dijo.

El fútbol provocaba más cosas de las que había imaginado pero no lograba saber por qué y empezó a ponerse pesado. Durante horas clavaba la mirada en el mapamundi de su hijo mayor como si esa pelota llena de países fuera la síntesis de su búsqueda. Nada.

Se puso a viajar por la biblioteca y lo mismo se entusiasmaba que decaía. Albert Camus le contó que lo mejor que sabía sobre la moral y las obligaciones de los hombres se lo debía al fútbol. «Voy bien», dijo Alcides, y siguió buscando.

Fue Jorge Luis Borges quien escribió que resultaba increíble que una cultura que se desarrollaba con juegos como el ajedrez, hubiera degenerado en juegos tan vulgares como el fútbol. «Cagamos», se le escapó a Alcides, pero no abandonó. A veces una pista lo llevaba a Marx, Sartre o Virgilio pero se terminaba enredando en una maraña sin salida. Hurgó en la historia y los antropólogos le contaron que la primera pelota fue la cabeza de un ser humano. Ya no sabía si eso era bueno o malo para su investigación.

Intelectualmente sobrado, cada conversación sobre fútbol la convertía en una tesis doctoral.

—¿Has visto cómo paró el balón? —comentaba alguien.

—No digas paró —saltaba Alcides—, di recepción o amortiguó... y en cuanto al balón, Wenceslao Fernández Flórez lo definió como «aire de cuero forrado», para que te enteres.

—¿Vas al estadio? —consultaba otro.

—Estadio —aprovechaba él—, según Manuel Vázquez Montalbán, «mausoleo de tranquilidad»; según Mario Benedetti, «esqueleto de multitudes»...

Y así andaba como un poseído repartiendo lecciones y espantando amigos. El propio Alcides se empezó a cansar de sí mismo y de tanto simbolismo que no lo conducía a ninguna parte. No le encontraba salida a su obsesión y empezó a emitir señales inquietantes. Un día la mujer lo encontró hablándole a una pelota vieja como Hamlet a la calavera.

—¿Pero se puede saber qué haces? —le gritó.

—La seducción de la esfera... —intentó principiar Alcides pero la mujer no lo dejó progresar; después de gritarle «loco» catorce veces se largó a llorar sin consuelo y lo dejó por imposible.

Alcides siguió con una insistencia ya claramente lunática. Durante una noche insomne le encontró una ruta nueva a su empeño científico: «Si es un fenómeno popular la respuesta la tiene el pueblo», dedujo y, de madrugada, salió a la calle con un grabador en la mano y una euforia que empezaba a tener mala pinta. La gente le contestaba a sus preguntas pensando que se trataba de una encuesta radiofónica pero los testimonios recogidos eran de una vulgaridad devastadora. Uno declaró que los jugadores cobraban mucho dinero, otro se quejó de no sé qué injusticia arbitral y una señora mayor, tampoco se sabe a cuento de qué, explicó que a ella Jesús Gil no le caía del todo mal.

Alcides se sintió casi obligado a enloquecer del todo...

Cuando los enfermeros llegaron a su casa el pobre estaba descuartizando aquel viejo balón a cuchillada limpia con la cara desencajada y un clamor como grito:

—¡Contesta, contesta, contesta!

Ahora está mejor. Vive para los fines de semana y ya no se hace preguntas raras. Los domingos por la mañana su mujer le prepara un bocata, le pone una camiseta número 12 de la selección y lo lleva a unos campos municipales para que anime a cualquier equipo. Se ayuda con un bombo que sus amigos intelectuales le regalaron para Reyes. Pobre Alcides, cuanto más ruido hace más feliz parece.

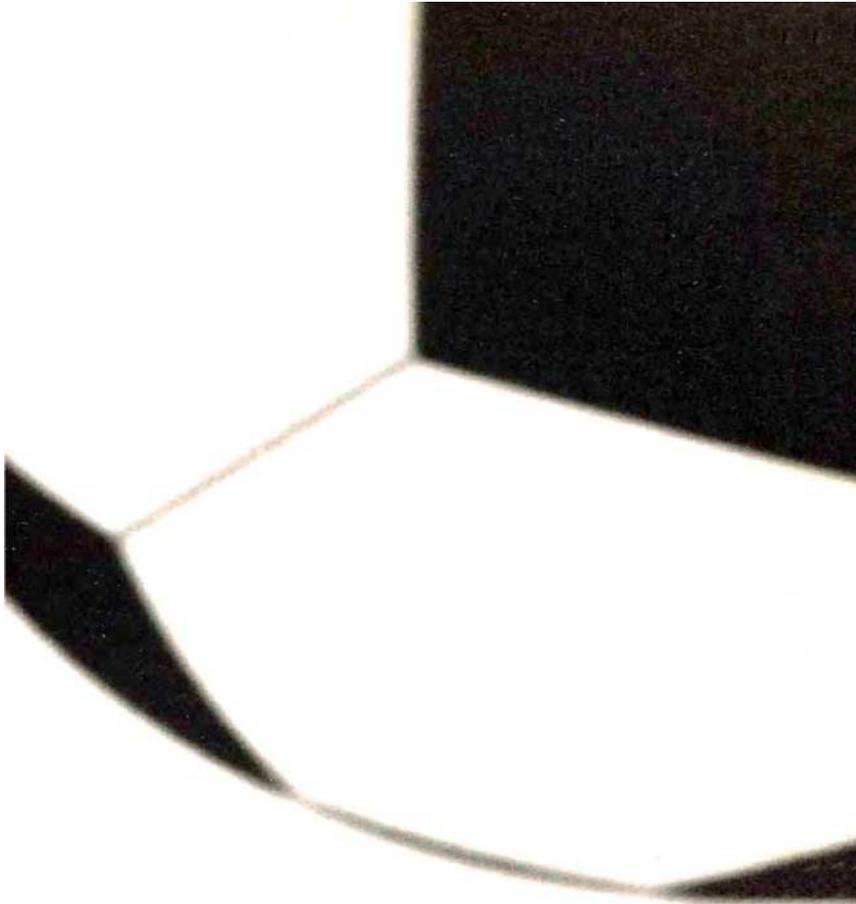
La historia de Alcides sirve al tono de este prólogo y la escribo por simpática antes que por buena, sin otra pretensión que la de abrir el apetito de los lectores y advertir a los intelectuales sobre los riesgos de ponerse serio con un juego.

La ciencia se ha ocupado de demostrar que la inteligencia tiene muchas maneras de expresarse pero cada día hace falta mayor número de pruebas para romper un prejuicio. Este libro servirá a la causa. Primero hizo falta involucrar a algunos amigos en este proyecto, después comprometer a escritores admirados para que arrimaran algún inédito y finalmente integrar a autores queridos para que autorizaran la incorporación de cuentos de fútbol que ya son célebres.

Y bien, lector, sólo faltas tú por convencer. Si te gusta el fútbol piérdete el miedo a las letras, si amas la literatura no creas que el balón es un objeto siniestro. Si te gustan las dos cosas qué más puedes pedir que esta recopilación.

Por mi parte estoy feliz. Cierta día un crítico deportivo me acusó de ser un «vendedor de sueños», supongo que con la intención de ofenderme. Nunca logré de un amigo un elogio más hermoso. Vendedor de ilusiones me siento hoy mientras empaqueto estos cuentos. Son regalos inolvidables que grandes escritores le hacen al fútbol y a usted.

JORGE VALDANO



Cuando los balones se volvieron invisibles
Fulgencio Argüelles

Arrullado por la pestilencia perenne de la bruma de cenizas que las grandes chimeneas de los crematorios esparcían por el aire, Héctor Guerrero salió de la duermeyela del final de la tarde con el suspiro lastimoso y elocuente de quien acaba de vislumbrar flotando en el charco alborotado de su propio corazón el barco impasible de la muerte. Quiso gritar, pero observó cómo la materia viscosa del silencio del universo se escurría por las paredes desnudas de su cuarto y el grito se le desvaneció como una resina cáustica en las grietas hirvientes de sus labios. Se incorporó sobre la colchoneta de espuma y se quedó aturdido por el derrumbe repentino de su voluntad. El mundo le pareció irreal. Por primera vez en su vida tuvo la evidencia física de que la tierra estaba dando vueltas sobre sí misma y también alrededor de los humores corrosivos de su cerebro. Se acercó a la maraña de trapos y cartones aparvados en una esquina del cuarto y alcanzó una bolsa de plástico de la que extrajo con cuidado uno de los valiosos álbumes que guardaba como la única y última referencia con el pasado, cuando el mundo no era todavía una ciénaga pestosa de muerte y desolación. Pertenecía a la última liga del campeonato de fútbol disputada seis años atrás. Lo dejó en el suelo, abierto por la página del que había sido su último equipo como entrenador. Luego extrajo de uno de los bolsillos del pantalón que colgaba de la manilla de la ventana un globo blanco. Lo infló, lo ató, le dibujó las rayas negras tal como venían en las fotos de balones que llenaban los márgenes del álbum y comenzó a elevarlo una y otra vez golpeándolo con la cabeza, los muslos o los pies, mientras iba sintiendo cómo el globo, él mismo y el mundo entero se quedaban na-

dando en un estado de brumas imaginarias donde la realidad no era otra cosa que el cúmulo de los residuos que habían dejado en su memoria tantos buenos recuerdos. Mientras el globo ascendía, él cerraba los ojos y soñaba con aquellos balones de antaño que volaban sobre el área girando sobre sí mismos, igual que gira la tierra, buscando el golpeteo acrobático de su derecha mágica. El globo se elevaba a cámara lenta y él se retorció sobre sí mismo reproduciendo cabriolas, chilenas, volatines y piruetas como aquellas que en otro tiempo habían enfervorizado al público y entusiasmado a todos los críticos deportivos y cuyas imágenes habían recorrido el mundo repartidas y repetidas una y mil veces por todas las cadenas de televisión extranjeras. En cada viaje lánguido del globo-balón hacia las alturas, Héctor Guerrero iba desclavando las imágenes colgadas y disecadas en las paredes de su memoria y las iba extendiendo en el aire de ceniza de la tarde agria como una sábana nevada sobre la hoguera de su miseria. Veía la entrada triunfal en la avenida del aeropuerto bajo una lluvia de flores y serpentinas montado en el automóvil plateado y abierto que el presidente de la nación usaba en las inauguraciones públicas, cuando el equipo regresó con la copa de todas las copas debajo del brazo después de un encuentro inolvidable contra los ingleses donde él consiguió, con el tiempo ya vencido y el árbitro ojeando su cronómetro, una volea desde cuarenta metros que incrustó el balón por la mismísima escuadra y dejó al portero londinense de las cien manos y los mil pies tendido en el césped como una alimaña herida de muerte y ahogado en un llanto de niño abandonado imposible de contener. Veía los pasillos alfombrados y las cristaleras floridas de los ministerios en las innumerables recepciones organizadas para las felicitaciones oficiales por tantos títulos nacionales y continentales y las caras triunfales y sebosas de los políticos que lo abrazaban como a un mesías libertador de todos los males patrios. Veía a las patrullas espontáneas de aficionados llenando los

muros de la ciudad con su nombre pintado con brocha gorda. Veía a la muchedumbre enloquecida saltando al campo para elevarlo en hombros la noche en que consiguió su primer título como entrenador en un partido glorioso que durante noventa minutos detuvo al país entero en un suspiro subliminal de infartos contenidos. En el fragor de estas imágenes revividas consumió lo que quedaba de la tarde hasta que el globo, que había ido trazando en quiebros extenuados los perfiles de un mundo feliz perdido, alcanzó los pinchos de un pequeño cactus que agonizaba sobre el cajón de la basura y desapareció en una explosión súbita y desproporcionada que a él se le antojó como un síntoma más de la maldición que desde hacía años había caído sobre la pasión o deporte del fútbol y sobre todos sus apropiados, derivados o referentes y que había hundido al país en la más cruel y enigmática de las miserias. Recogió los añicos de goma como quien recoge en un último y definitivo esfuerzo los despojos de sus entrañas y los arrojó, junto con el cactus moribundo y asesino, al féretro de la basura. Triste y derrotado por la evidencia del maleficio se desplomó sobre la colchoneta de espuma, tomó el álbum que había permanecido abierto en el suelo y encendió la radio. Mientras repasaba las hojas amarillentas reconociendo cada una de las caras, deteniéndose en cada rostro y preguntándose qué habría sido de éste o de aquél, compañeros, la mayoría, en los equipos a los que él había pertenecido, primero como jugador y después como entrenador, mientras esto hacía con el gesto perdido en el ámbito gris de la melancolía escuchó la voz de naufragio del locutor que anunciaba las últimas medidas urgentes del *Gobierno de Salvación Nacional*. Se declaraba no potable el agua de todas las ciudades y se emplazaba a la población a consumir únicamente aquella que los *Consejos Urbanos* repartirían por las calles en camiones cisterna. Los cadáveres de las gentes que morían cada día como si fueran chinches se depositarían junto a los contenedores de basura donde serían recogidos

en turnos de día y noche por los carros dispuestos al efecto para ser llevados lo más pronto posible a los centros de incineración. Se establecían los criterios de actuación para las múltiples comisiones nombradas para encauzar las ayudas llegadas del exterior y su distribución adecuada entre la población, sacudida y diezmada por el hambre y las pestes antiguas y de nueva aparición. Se suspendían definitivamente todas las actividades académicas y los centros de enseñanza serían utilizados para la asistencia sanitaria y social, por lo que se recomendaba a todos los voluntarios que quisieran ofrecer su ayuda que se presentaran en dichos centros con ropa limpia y papeles de identidad para pasar las pruebas de asepsia y quedarse, si procedía, a total disposición de los *Consejos Urbanos*. El *Ministerio del Pensamiento Oficial* y la *Meditación* convocaba a todos los intelectuales, profesores y gentes de la cultura a concentrarse en las bibliotecas públicas para unas jornadas intensivas de reflexión sobre las causas y los efectos de aquel irracional desastre sin paliativos en la historia de la humanidad. Se declaraba la guerra abierta y sin miramientos contra los terroristas del grupo *Trece de Mayo*, que habían elevado al fútbol a la categoría de religión, preconizaban sus méritos y bondades, reivindicaban la vuelta de las competiciones, declaraban al gobierno actual como único responsable del desastre nacional por su torpeza y su maníaca superstición y atormentaban a las autoridades con constantes y trágicos actos de muerte y brutalidad. Y por último se establecía la pena de muerte para todo aquel que manifestara públicamente, de palabra o de obra, cualquier tipo de apoyo, consideración o referencia a la plaga del fútbol o a cualquier recuerdo, objeto o teoría que con aquel juego diabólico tuviera algo que ver. Héctor Guerrero, al oír el relato de esta última medida, abrazó con fuerza la bolsa amarilla donde guardaba los álbumes y sintió cómo se le descuartizaban las ansias de vivir en aullidos sangrientos que le arrugaban el espinazo y la nuca y el alma y la pierna mágica que tan-